

HOMENAJE A LA MEMORIA DE GONZALO RESTREPO JARAMILLO

Discurso de Miguel Moreno Jaramillo

Señoras y señores:

Gonzalo Restrepo Jaramillo, hombre muy doctor, sabía hablar en público y escribir para el público.

Entre las artes bellas, ninguna tan difícil como la elocuencia. Su ejercicio demanda virtudes de alma y cuerpo. Pocos los hombres capaces de profesarla con maestría. Por un Demóstenes o un Crisóstomo, por un Cicerón o un Julio César, hubo en Atenas y en Roma toda una pléyade numerosa de hombres célebres en otras altas disciplinas del espíritu.

Puede uno con mediana cultura formar sin mayor esfuerzo larga nómina de pintores, prosistas, músicos y poetas, pero le resultará muy corta la de los oradores, realmente oradores, que registra la historia del arte, pues no alcanzan a serlo cuantos hablan con belleza y facilidad en público, así sean inteligentes y sabios, así reunan otras cualidades de orden moral o físico.

Del orador a carta cabal puede decirse trasladando aquella hiperbólica locución del poeta latino: *rara avis in terris*.

Tan rara, tanto, que en la edad de oro de la literatura española florecieron numerosos ingenios místicos y ascéticos, moralistas y apologistas, y, sin embargo, ningunos tienen hoy como oradores sagrados la nombradía que el tiempo reservaba al Aguila de Meaux, al Cisne de Cambrai, y, en general, a los predicadores franceses del siglo XVII y del siglo XIX.

Escritor y orador no andan siempre de brazo.

Es común escribir con elocuencia y hablar sin ella, o no ser elocuente escribiendo y serlo hablando. Uno es escribir y otro es hablar.

Pide el arte de hablar dirigirse de viva voz al auditorio. No la profesa estrictamente quien escribe sus discursos y luego les da lectura en público, aunque tales piezas tengan cierto sello oratorio que las diferencia de otras, como de un editorial, un ensayo o una carta. Si escribe bien o lee bien se acredita de escritor o de lector, aun de orador, mas no de orador genuino. Nadie niega que hay elocuentísimos discursos, de fondo y forma irreprochables, que fueron escritos y leídos, nunca hablados. Lo que afirmo es que la oratoria legítima exige hablar directamente al público, no leerle, porque ella demanda gentiles ademanes gallardos; gesto noble y expresivo; silencios que en la

oración hablada equivalen a puntos suspensivos en la escrita y denotan cuanto se quiere decir callando, silencios no pocas veces superiores en elocuencia a las palabras; voz modulada y ondulante que con sus tonos siga fiel a la idea, y manos que accionen a compás de ésta y marquen acento prosódico al vocablo.

Tan preciosas cualidades forman la traza del discurso oral y han de estar presididas por otras de fondo, invisibles e inaudibles, tales como ciencia, ingenio, sensibilidad, discreción, gusto...; cuanto exigen al artista de la palabra los maestros del público bien hablar. Qué más? Autoridad moral para que teniendo el derecho de ser creído logre vencer y persuadir.

Quien pronuncia un discurso ofrece el caso singular del artista que haciendo y representando en público su obra, incorpora en ella, como coautores y coactores, a quienes lo ven y lo oyen. El orador influye sobre la multitud y se va dejando influir por ella en puntos al parecer de simple forma, accidentales, pero quizá decisivos para el buen éxito de su empresa. De ese concurso se privan cuantos leen sus discursos. También cuantos los pronuncian sin ver ni oír al auditorio, como ocurre a los que se valen de la radio. Estos se parecen al sordociego que hace y representa su pieza oratoria ante una muchedumbre cuyas reacciones ignora porque sin oírla ni verla no le es posible comprenderla.

Muchos de los que formaron el público de Gonzalo habían escuchado las himilias del señor Arzobispo Manuel José Cayzedo, o los sermones del padre jesuíta Luis Javier Muñoz, o las conferencias de Antonio José Restrepo, o las defensas de Alejandro Botero Uribe, o los discursos de Rafael del Corral, o de Pedro Nel Ospina.

Y en Bogotá, ¿no lució Gonzalo cuando brillaban en la oratoria Laureano Gómez, Olaya Herrera y Arango Vélez y cuando no se habían apagado aun los ecos de aquellos famosos discursos que en tiempo no muy remoto pronunciaron Concha, Uribe Uribe y Nicolás Esquerre?

Gonzalo se dirigió, pues, a gentes formadas en la audiencia de peritos en el decir, a un público que ya tenía su criterio y su gusto.

Monseñor Cayzedo, de finos modales, hablaba con tersura y diafanidad.

No puedo poner en olvido al padre Luis Javier Muñoz, nicaragüense. Acción elegante y voz armoniosa, de dulces quiebros, que subía y bajaba suavemente.

Antonio José Restrepo abordaba la tribuna con naturalidad. Fácil y dócil su lenguaje. Oyéndolo podía uno estar en desacuerdo con algunas de sus ideas, pero le era imposible no admirar las gaitas de su estilo y la armonía y los encantos del habla de Castilla.

Entre los buenos oradores, Alejandro Botero Uribe. Por su porte, la solemnidad de su estilo y la palpitación de sus ideas, fue un sobreviviente glorioso de la escuela oratoria que el siglo pasado hizo crisis en Francia. Su físico? Frente amplia, ojos pequeños de mirada penetrante, y un caminar y un conversar con ritmo ligeramente marcial, reminiscencia talvez de su jefatura civil y militar bajo el gobierno de Pedro Justo Berrío. En lo espiritual, que laya de hombre y qué raro el hombre da su laya! La elocuencia misma. Romántico pero no lacrimoso. Dijo Horacio: "Si quieres que lllore, llora tú primero". Pues el doctor Botero Uribe no lloraba pero sí era capaz de hacer llorar.

Recordamos a Rafael del Corral, orador festivo. Una delicia escucharlo. No el humor de los ingleses ni el *esprit* de los franceses; más bien cierta gracia ligera, cierta sal andaluza espolvoreada con discreción e ingenio.

Dos discursos ciñen la vida pública de Pedro Nel Ospina. El primero en 1875, joven de sólo 16 años, en el entierro del doctor Berrío, "Justo en el nombre y en sus hechos justo", como lo definió uno de sus contemporáneos, y el último en 1927, a los 68 de su edad, cuando sustenta un proyecto de ordenanza sobre restricción al uso de armas.

En su obra literaria se realiza cumplidamente la frase de Buffon: "El estilo es el hombre". No conozco algo más parecido a alguien, nada más parecido a nadie, que la palabra de Ospina, escrita o no escrita, a la propia persona de Ospina, en alma y cuerpo. Sus ideas y sus afectos, su estampa y su paso, sus ademanes, toda su presencia espiritual y física se refleja en su estilo. Letrado, son notorias su agilidad mental y su agudeza; militar, su prosa es de perfiles netos, sin vacilaciones; trabajador, escribe copiosamente, con calor y movimiento, y pronuncia discursos a vela henchida, en períodos opulentos; enamorado del cosmos, qué fresca su palabra y qué llena de colorido, y como desbravó tanta selva y labró tanta tierra, en sus producciones tiembla el follaje y crujen y caen los arbustos y los árboles.

Aparece Gonzalo orador, y el público, educado ya para saborear el arte de la palabra, lo recibe con aplausos fragorosos.

Se ha dicho que el poeta nace y el orador se hace. Yo me atrevo a glosar el segundo colon de este aforismo, diciendo que puede uno hacerse orador si nace orador. esto es, que han de concurrir dotes naturales y cualidades adquiridas a poder de voluntad.

Gonzalo descendía de Pedro Antonio Restrepo Escobar, su abuelo paterno, a quien Suárez califica de "orador eminente entre aquellos que brillaron en Bogotá a mediados del siglo XIX".

Gonzalo, por herencia, nace orador. Los ambientes de niñez y juventud, el estudio y su voluntad acrecientan su acervo hereditario.

Pudiera detenerme alabando la alteza de sus conceptos, las dimensiones majestuosas de sus discursos, su lógica inexpugnable y el gusto para bordar su estilo. Prefiero decir lo que fue y no fue: dialéctico y no abstruso; profundo y no oscuro; erudito y no culterano; pensador y no conceptista; sutil sin atrevidos paradojismos; retórico sin profusión de imágenes, y, educado en la escolástica, supo recatar divisiones y subdivisiones, distingos y subdistingos, dando a su palabra vida en forma grácil y fácil, sustentada, eso sí, en la férrea armadura invisible de los grandes razonadores del medioevo.

Ya Gonzalo en el apogeo de la gloria, pierde su voz mucho del natural sonido. Queda así trastornada su carrera en la elocuencia. No más discursos hablados ni más lectura de discursos escritos, con la entonación y resonancia de otros días. Mas no por eso decae el ánimo de este hombre, tan hombre, nunca pusilánime, ni flaco, ni vacilante. Sin una queja, sin acidia, sin encerrarse dentro de sí, abandona la tribuna y se pone a escribir, a escribir. Se le amortigua una luz y él con naturalidad aviva otra luz. Puede exclamar como un viejo periodista francés al volver a la lucha: "Je taille encore ma plume et demande de quoi il est question". (Aun tajo mi pluma y pregunto de qué se trata). Su voz se marchita pero no su palabra. Tampoco su coraje. Así, después de tamaño accidente, escribe varios libros y continúa enseñando en revistas y periódicos, y aun en la cátedra universitaria

La Universidad de Antioquia descubre hoy su retrato y lo ofrece a su memoria. Será para profesores y estudiantes una constante invitación a imitar su vida sabia.

En linda parábola nos dice José Enrique Rodó cómo hemos de obrar ante la adversidad. Resumo su enseñanza ciñéndome bastante a su bello texto original pero le hago leves cambios con el fin de ajustarla al proceder de Gonzalo:

En su jardín juega el niño golpeando acompasadamente una copa de cristal. Después de cada toque permanece atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, agonizan suavemente en los aires. Pasado un rato se inclina, recoge arena del sendero y la vierte en su copa hasta colmarla. Alisa con primor la arena desigual de los bordes y quiere volver a arrancar al cristal su fresca resonancia; pero el cristal responde ahora con sorda percusión. Mira al rededor de sí y sus ojos se detienen ante una flor. La aprisiona con ambas manos y la siembra en su copa, vuelta ufano búcaro, y la alza cuan alto puede, y la pasea en triunfo por entre la muchedumbre de las flores.

También Don Quijote, observa Rodó, vencido en singular batalla por el Caballero de la Blanca Luna, y obligado, según la condición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras, propone a su escudero que mientras se cumple el plazo de su forzoso retrainimiento se consagren los dos a la vida pastoril. En ella, dice, nos darán "sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna, y las estrellas a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos".

Señoras y señores:

Gonzalo Restrepo Jaramillo fue el niño de la parábola y el hidalgo de la novela inmortal.

He dicho. (*)

(*) Con pocas modificaciones (aditivas, supresivas y sustitutivas), hechas por el mismo autor, las anteriores líneas contienen el discurso de Miguel Moreno Jaramillo en el homenaje que la Universidad de Antioquia rindió a la memoria de Gonzalo Restrepo Jaramillo el 14 de febrero de 1967, discurso en su integridad publicado, al día siguiente por "El Colombiano" de Medellín, quien autorizó ampliamente la publicación, hiciéranle o no modificaciones al original.